

VESPERTINA

A Pascale

Anémona vivía en una playa formada por piedras perfectamente ovaladas. Había conseguido recuperar durante años los huesos de una antigua ballena que, sin duda, debió varar en esa orilla infinidad de siglos antes de su llegada. Tantos, quizás, como vértebras y costillas que, no sin esfuerzo, ella misma había ido levantando y colocando de manera que, ahora, el interior del esqueleto le servía como morada y le protegía de los vientos o los temporales que azotaban continuamente los acantilados de la costa.

Además de experimentada navegante y capitana de aquella cala blanca, Anémona tejía con destreza y había aprendido arquitectura observando la geografía submarina. Todo cuanto el mar arrastraba hasta sus orillas, ella lo utilizaba para construir su quimérica coraza hasta lograr vivir, como Jonás, en el interior de una ballena casi verdadera, salvo que con una gruesa piel hecha de plásticos, maderas, tanzas, viejos restos de naufragios, redes perdidas y maromas que, para distraerse, anudaba y trenzaba mientras cantaba canciones cuyas letras inventaba para evitar cerrar los ojos y caer dormida, aunque fuera una simple cabezada. Eso ocurría a diario, más o menos a la hora en que el océano se tragaba el sol y las luces de las islas colindantes se encendían como estrellas despertando de su siesta, amancebadas.

Anémona era la farera del fin del mundo. Entre ella y el abismo mediaba un estrecho azul marino, un bajío de rocas sumergidas y afiladas que solo algunos osados aventureros se habían atrevido a surcar a lo largo de los siglos y, la mayoría, sin fortuna y pereciendo trágicamente en el intento. Con razón, más allá del Ponto Euxino de su alma, decían que no habitaban más que monstruos y los fantasmas de decenas de marineros muertos enredados entre algas. Consciente de la importancia de su tarea, Anémona se cuidaba mucho de no dejar jamás que el fuego de su pira se apagase. Hacía años que ninguna embarcación se acercaba a aquella propóntide alejada de todos los puntos cardinales pero, por si acaso, siempre mantenía un hatillo de leña seca entre los huesos del leviatán y un inmenso espejo hecho de nácar para aumentar, en caso de peligro, la luz de aviso cada vez que los temporales lo cegaban todo con la niebla de sus lágrimas. Pese a sentirse sola y olvidada, Anémona nunca bajó la guardia. Nunca cesó de avivar las llamas. Durante lustros de vigilia, en la furiosa tempestad o en la calma más exasperante, jamás perdió de vista el horizonte. De haber sobrevivido, cada ola podría dar espumosa fe de ello y cualquiera de los ocasos compartidos serviría de testigo. Nunca desfalleció ni abandonó a su suerte a ningún navío extraviado de las cartas marítimas. Nunca, excepto la noche de aquel plenilunio que no anotó nada en su cuaderno de bitácora porque, sencillamente, el amor arribó a su costa en forma de marino sueño, sorprendiéndola, y el tritón enviado por Neptuno, tras amarla, la dejó por fin dormida.

Duró apenas un segundo. Un aleteo. Un abrir y cerrar de ojos. Una vida. El tiempo que duran normalmente los prodigios y las poluciones celestiales. La luna, desorbitada, empujó la

marea hasta la parte más elevada del acantilado, devolvió al dios del mar la osamenta de la ballena y apagó el faro dejando al mundo iluminado por la lumbre cenicienta de las estrellas. Anémona, sus cenizas y las ruinas del cetáceo descendieron abrazados al lecho más puro y, al instante, volvieron a la superficie transformados en burbujas.

La cala amaneció blanca y desierta al día siguiente, como de costumbre. Pero, en lugar de piedras, la orilla se extendía ahora como un manto de limpia arena con fragmentos de nácar que, al recibir la luz del sol, brillaban como las joyas de un tesoro que, en lugar de haber sido escondido por algún pirata, yaciera repartido por el mapa de la isla para regocijo de exploradores y gaviotas deslumbradas.

Así es el porvenir, a veces, de generoso y displicente. Sus dientes de tiburón y sus monedas de oro no son para quienes los buscan, si no para aquellos que por azar se los encuentran. Y, con el tiempo, la fama de cornucopia de riquezas que se acumulaban en aquel cabo donde el faro había sido engullido una noche por las aguas, se fue extendiendo por el mundo y acabó atrayendo a visitantes de todos los rincones del planeta, convirtiendo el creciente fértil de sus dunas en una poblada Babilonia llena de turistas. Sobre los cimientos de la torre vigía elevaron una gran bandera y parcelaron con fronteras los farallones y cualquier otra oceánica fantasía que, en adelante, pudiese descubrirse, por muy utópica o ultramarina que esta fuese. Así es el porvenir y así es cómo se fue forjando poco a poco la leyenda. Entre los ancianos, hay quienes sostienen –ya seniles- que, desde entonces, una mujer se baña todas las noches de luna llena en esa parte del rompiente y que danza desnuda con los delfines. E, incluso, algunos marineros, juran en ocasiones avistar una enorme ballena, casi esquelética de vetusta y de delgada, merodear cerca de la costa justo antes de que vaya a sobrevenir una galerna. A veces, como aviso a navegantes y, otras, para atraerlos mar adentro y devorarlos con una dentadura hecha de trozos de plástico y astillas de madera. Eso dicen. Sin duda, son habladerías de borrachos que hablan demasiadas tonterías en los muelles o chismes de los narcotraficantes que, con ello, urden espantar a autoridades y a otras competencias.

Sirenas de trasatlánticos y rumores de correplayas. La verdad no la conoce nadie, pues Anémona todavía habita en todos los confines del mar y de la tierra. Y si vive y se deja ver al caer la noche, ya no es porque el destino de los hombres le importe o porque aún quiera guiarles para que yerren en sus travesías. Simplemente es porque sigue enamorada, duerme muchas horas junto al tritón que adora y se despierta, normalmente tarde, solo para seguir manteniendo vivo el fuego dentro de su corazón en forma ya de caracola.

Juan García Larrondo

Punta Secreta, Algeciras,

8 diciembre 2014